



## El predicador del Evangelio

### Estudio sobre las Homilías del Crisóstomo a la 1.<sup>a</sup> Corintios<sup>1</sup>

Las palabras con que Lucas nos describe el comienzo de la vida pública de Jesús y el inicio de su ministerio apostólico<sup>2</sup>, nos hacen ver claramente cómo su conciencia mesiánica le lleva a saberse enviado del Padre para anunciar a los hombres el mensaje de salvación.

Todos los momentos de la vida de Jesús forman parte de su actividad evangelizadora y constituyen su ministerio redentor: la encarnación, el nacimiento, los milagros, la doctrina, la formación de los discípulos, la pasión, la muerte, la resurrección... todo, a la vez, y de forma complementaria, constituye, como elementos integradores, su plena realidad personal de Jesús y de Mesías.

Decir que Jesús es el primer evangelizador no es decirlo todo. Jesús, más que el primer evangelizador, es el evangelizador. Más aún, El, hecho hombre, es el *λόγος* de Dios que se comunica al hombre<sup>3</sup>. Ese *λόγος* es, a la vez, evangelizador y evangelio, pues El no es sólo el que anuncia, sino que es también el anunciado<sup>4</sup>. Es el *λόγος* que expresa la «verdad» divina que se revela a los hombres. Es el *λόγος* que contiene la «vida» de Dios que se comunica a los creyentes. Es el *λόγος* que señala el «camino» que conduce la humanidad al Padre, hacia un encuentro, por la fe, en el amor.

Como una verdadera prolongación de esa misión de Cristo, la Iglesia se siente continuadora de esa misma tarea evangelizadora. Su historia, a través de las diferentes épocas, en medio

<sup>1</sup> Este Artículo corresponde al capítulo II de mi Tesis Doctoral defendida en el Ateneo Romano de la Santa Cruz de Roma el Día 13 de noviembre de 1991.

<sup>2</sup> Cfr. Lc 4, 16-21.

<sup>3</sup> Cfr. Prólogo del Evangelio de S. Juan.

<sup>4</sup> Cfr. 1 Cor 1,23.

de las distintas culturas y razas, es la historia del esfuerzo evangelizador vivido en la tensión de la limitación del hombre y la fuerza de Dios.

La Iglesia nace de la evangelización. La predicación del Evangelio que la Iglesia hace, engendra a la Iglesia misma, de modo que ella es, a la vez, «evangelizada y evangelizadora»<sup>5</sup>. Atenta a la palabra de su Maestro, aprende su enseñanza y, fiel al mandato de Jesús, anuncia su mensaje salvador a todos los pueblos a través de la historia.

Desde esta perspectiva queremos acercarnos, de la mano de san Juan Crisóstomo, a la doctrina que San Pablo expone en su Primera Carta a los cristianos de Corinto sobre la figura del predicador.

El Crisóstomo nos va a ofrecer, a lo largo de sus Homilías, fundamentalmente tres rasgos característicos en el predicador del Evangelio:

- su condición de testigo,
- su sabiduría singular,
- y su vinculación a la Iglesia, en el ejercicio del ministerio de la Palabra.

Veamos ahora, por separado, cada uno de estos rasgos y la reflexión que, sobre ellos, hace nuestro Autor.

## 1. CONDICIÓN DE TESTIGO DEL PREDICADOR

El sustantivo *μαρτύριον*, y sus distintas formas gramaticales, es un término empleado especial y casi exclusivamente por Hechos de los Apóstoles y Juan. Pablo lo emplea rara vez; de ahí que nos parezca singularmente importante detenernos en el significado con que lo usa. Procedamos ordenadamente en nuestra exposición.

### 1.1. La predicación: *μαρτύριον τοῦ Κυρίου*

San Pablo llama en una ocasión en la Carta que estamos estudiando a la predicación misma *το μαρτύριον τοῦ Χριστοῦ*<sup>6</sup>. En esta que podríamos llamar definición paulina del término predicación nos parece ver que se entiende, mucho más que como una transmisión de verdades, aunque les reconozcamos su origen divino, como la presentación de un testimonio sobre unos hechos o verdades de especial importancia.

En esta línea, veamos el comentario que hace el Crisóstomo:

«Pues no pudisteis aprender los dogmas de la verdad y ser confirmados en el testimonio del Señor, esto es, en la predicación, por la sabiduría externa ni por la erudición humana, sino por la gracia de Dios y las riquezas y la ciencia y la palabra recibida de El. Pues tuvisteis muchos signos, muchos milagros, gracia inefable para que recibierais la predicación»<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Cfr. PABLO VI, Exhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, N 15.

<sup>6</sup> 1 Cor 1,6.

<sup>7</sup> *Hom.* II, 17.

Este texto del Crisóstomo nos parece especialmente clarificador para enmarcar su doctrina sobre el predicador, a propósito de la Carta paulina.

La palabra μαρτύριον que ya desde el principio del griego clásico significa el testimonio o prueba que se aduce en un juicio y también el contenido de las afirmaciones que se hacen<sup>8</sup>, a diferencia de μαρτύρία que se refiere más a la acción de atestiguar, nos sitúa en la verdadera perspectiva de lo que realmente significa la predicación: no una mera comunicación de conocimientos que se aprenden, se razonan o explican. Incluyendo éstos, la predicación es mucho más: es el «testimonio del Señor», es decir, es el conjunto de afirmaciones salvadoras, de palabras y hechos, con los que el Señor expone y prueba la verdad de la salvación que anuncia. Es El, el Señor, quien habla, quien actúa, quien testifica, quien confirma. La predicación es la expresión, el relato, la comunicación de ese testimonio que Dios, en Cristo, ofreció a los hombres y sigue ofreciendo de forma incesante a través de la historia. Es, podríamos decir, un relato que se hace testimonio porque acontece lo que relata y, a la vez, es un acontecimiento que se expresa y clarifica por el relato. Por eso, «no es la sabiduría ni la erudición humanas» las que enseñan este testimonio, sino que es «la gracia de Dios, las riquezas, la ciencia, la palabra que de El han recibido» lo que hace «posible» que «sean confirmados» en la predicación.

El predicador, pues, es el que anuncia, no el que da el «testimonio»: éste es Dios, por Cristo.

Llegamos así a un punto que necesita ser tratado con precisión. Para el Crisóstomo la cuestión es clara: la predicación es divina y el testimonio es del Señor. Y dice Κύριος, no Θεός, cuando Pablo dice Χριστός. El autor de las Homilías matiza la expresión de Pablo y nos viene a decir que el testimonio es presentado, no por Dios como divinidad incorpórea, sino por Cristo resucitado y glorioso, es decir, el Señor.

## 1.2. El predicador, testigo de la Resurrección

Paralelamente a lo que venimos diciendo, se ha de definir clara y exactamente la figura y el papel del predicador que, si bien san Pablo en esta Carta sólo una vez se refiere a él llamándole, en plural, «testigo», aunque presentado como falso<sup>9</sup>, sin embargo en los escritos del Crisóstomo sobre los que trabajamos, se recurre con frecuencia a este concepto para expresar y definir su misión evangelizadora.

Nos parece el método más acertado dejar hablar a nuestro Autor, añadiendo nuestro breve comentario al hilo de su explicación.

Dice el Crisóstomo a propósito del texto paulino en el que hace referencia a los que fueron testigos de la Resurrección<sup>10</sup>:

«Le (a Pedro) pone enseguida, porque es el más digno de fe de todos...

Después que muestra aquella verdad (de la resurrección) por la Escritura, expone la razón de los hechos, aduciendo los testigos de la Resurrección: después de los profetas, los

<sup>8</sup> Cf. HERODOTO, *Obras*. Nueva versión directa. Por Manuel Fernández Galiano. II, 22; VIII, 55, ed. Labor, Barcelona 1951.

<sup>9</sup> 1 Cor 15, 15: ψευδομαρτυρες του Θεου.

<sup>10</sup> 1Cor 15, 4 ss.

Apóstoles y otros hombres fieles... Ahora bien, si dijera que la resurrección es la liberación del pecado, era inútil afirmar que fué visto por éste o por aquél. Esto se dice de quien da fe de la resurrección del cuerpo, no de quien se refiere a la liberación de los pecados»<sup>11</sup>.

Las cuatro veces que Pablo emplea en este texto que comenta el Crisóstomo la expresión ὄφθη, «fué visto», son entendidas por éste como que habla de testigos, refiriéndose lógicamente a los que vieron.

Pero se debe distinguir muy bien, y el Crisóstomo lo hace, entre el «testimonio del Señor», del que habla Pablo y recoge el Crisóstomo, y el «fué visto» del que habla Pablo y, por consiguiente, de los «testigos» (μάρτυρες) a que se refiere el Crisóstomo. No es el mismo ámbito en el que se mueve uno y otro testimonio: el primero, como ya hemos dicho anteriormente, se refiere al mismo contenido del mensaje, a la predicación misma, a todas las gracias, signos, ciencia y palabra que Cristo, el Señor, había dicho y que es lo que el predicador anuncia, comunica, ha recibido y, a su vez, transmite lo que ha recibido, como dirá Pablo en otro lugar de la Carta<sup>12</sup>, «del Señor» (ἀπὸ τοῦ Κυρίου).

Y ¿cómo el predicador es testigo de este acontecimiento? San Juan Crisóstomo responde a esta cuestión de forma concreta. Debe tenerse en cuenta que, «ya en la antigüedad clásica, la palabra μάρτυς no significa sólo el testigo de los hechos, sino también el que atestigua y confiesa la verdad, es decir, un hombre que anuncia verdades, defiende creencias, manifiesta y demuestra opiniones»<sup>13</sup>.

Nosotros, siguiendo esta distinción y para hacer más ordenada la exposición de la doctrina del Crisóstomo sobre este tema, vamos a distinguir metodológicamente esta dos clases de testigos, además del testimonio por antonomasia que es el de la Escritura.

De un parte están los que fueron llamados en primer lugar. Y a éstos los cataloga Pablo «poniendo enseguida» a Pedro porque es, según el Crisóstomo, «el más digno de fe de todos»; después a los Doce; luego a más de quinientos hermanos; a continuación a Santiago y «últimamente, después de todos... fué visto también por mí».

De otra parte, el Crisóstomo también pedirá al predicador de cualquier época que ofrezca su testimonio al presentar su predicación, aunque de forma diferente a los del primer grupo. Pues éstos tienen en común que «han visto» al Señor resucitado; los otros no.

Por eso, cuando habla de aquéllos precisará que le han visto pero en cuanto resucitado corporalmente, no entendiendo la resurrección como «liberación del pecado». Esta será una consecuencia, la más importante si queremos, pero no es el objeto de su testimonio, pues éste se refiere al hecho material y concreto de haberle visto resucitado, después de conocer su muerte y su sepultura.

No es de esta naturaleza, como se ve, el testimonio que puede ofrecer la otra clase de testigos de los que habla el Crisóstomo. Los que después de los Apóstoles y como continuadores de su misión evangelizadora, sigan a través de la historia anunciando el mensaje recibido, llevando a todos los lugares y a todos los hombres el «testimonio del Señor», habrán de ser también testigos de la predicación, aunque de modo diferente, como explicaremos más adelante.

<sup>11</sup> Hom. XXXVIII, 326.

<sup>12</sup> 1 Cor 11, 23.

<sup>13</sup> G. STRATHAMANN, μάρτυς en *GLNT*. VI, Brescia 1970, p 1858.

Volviendo al primer grupo, además del dato que, podemos decir, les hace testigos singulares: haber visto al Señor, constatamos que no fué sólo ese aspecto el que los convierte en testigos, sino que, como insiste el Crisóstomo, no es menos importante el cambio que en ellos se produce después de haber visto a Cristo resucitado:

«Pues está claro que si no le hubieran visto (a Cristo) resucitado ni hubiesen tenido la gran prueba de su poder, no se hubiesen lanzado a tan gran aventura»<sup>14</sup>.

Acaba de describir un poco antes el Crisóstomo la situación personal de los Apóstoles. Por su origen, escasa o nula formación; alejados del ambiente de las ciudades, pues vivían en lugares pequeños y trabajaban, casi todos, en la pesca; por su estado de ánimo, eran tímidos, pusilánimes, con defectos manifiestos... Y estos hombres cambian del tal manera que «se lanzan a tan gran aventura», como no la ha habido en la historia. Pues hombres más influyentes y sabios intentaron mucho menos que ellos y nada consiguieron; sin embargo los Apóstoles, con sus limitaciones e ignorancia, les superaron.

Oigamos de nuevo al Crisóstomo:

«Pues si la sola sospecha de innovación creó tantos peligros a varones filósofos y sabios<sup>15</sup> que gozaban de una gran estima y, no sólo no pudieron hacer lo que querían, sino que incluso ellos mismos se perdieron por la vida y por la patria, ¿cómo no te admiras y avergüenzas viendo al pescador hacer en todo el mundo tantas y tantas cosas, consiguiendo lo que se proponía y superando a todos los bárbaros y a todos los griegos?»<sup>16</sup>.

El testimonio de la historia es suficientemente elocuente respecto al cambio sin precedentes que se produce en la actitud de los Apóstoles y, como consecuencia, al cambio que, a su vez, ellos causan en el mundo con la expansión de la predicación. Teniendo en cuenta, además, que el contenido de su anuncio era, ya de por sí, una gran dificultad, su aventura parece mucho mayor. Así se explica el Crisóstomo:

Pero, me dirás, éstos (los bárbaros y los griegos) no hablaban de dioses ajenos, como aquéllos (los Apóstoles). Pues esto que me dice es en extremo admirable, porque la innovación era doble: quitar los dioses que entonces adoraban y predicar al Crucificado. ¿De dónde les viene el impulso para predicar estas cosas? ¿Cómo se atreven a confiar que acabarán con ellas? ¿Ante quiénes aparecían obrando bien en tal asunto? ¿No adoraban todos a los dioses? ¿No era distinto el modo de impiedad? Sin embargo, atacaron todas las cosas, soportaron éstas, y en poco tiempo corrieron, como provistos de alas, todo el mundo, no preocupándose de los peligros, ni de las muertes, ni de las dificultades de la empresa, ni de que eran pocos, ni de la multitud, ni del poder, ni de la sabiduría de los enemigos, puesto que tenían una ayuda más importante que todos ellos, esto es, el poder del Crucificado que había resucitado»<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> Hom. IV, 36: θεν δηλόν ὅτι εἰ μὴ εἶδον ἀνασταντα καὶ τῆς δυνάμεως αὐτοῦ μεγίστην ἔλαβον ἀπόδειξιν οὐκ ἂν τοσοῦτον ἀνεργίαν κύβον.

<sup>15</sup> Se refiere a Protágoras, Diágoras, Teodoro y Sócrates. Cfr Hom. IV, 36-37.

<sup>16</sup> Hom. IV, 37.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

Ciertamente que la predicación que anuncian los Apóstoles no era una doctrina más entre las muchas que circulaban por los ambientes de aquella época, sino que, además de ser radicalmente distinta por su contenido, era incompatible con el resto. Por eso nos dice el Crisóstomo que pretendían una «doble innovación»: por una parte, «quitar aquellos (dioses) que tenían»; y por otra, «predicar al Crucificado».

Desde luego que se trata de una verdadera «innovación» (καινοτομία) tal pretensión. Con razón llega San Pablo a llamar «necedad» a la predicación<sup>18</sup>, pues no otra cosa puede parecer en un contexto histórico y cultural como el que enmarca la tarea evangelizadora de los Apóstoles. Presentar una nueva doctrina o práctica religiosa no suponía mayor problema; pero presentarla con carácter exclusivo, era una temeridad innegable. Y si, además, esa nueva doctrina hablaba de un Crucificado, entonces la temeridad se convierte en evidente «escándalo»<sup>19</sup>.

El Crisóstomo se pregunta: si todo esto es así, ¿de dónde les viene a los Apóstoles esa audacia, ese valor, esa fuerza que les lleva a desafiar «peligros y muertes», así como «el poder y la sabiduría de los adversarios»? Y se responde inmediatamente: del «poder del Crucificado que había resucitado».

Es la fuerza de Cristo, crucificado y resucitado, la que actúa y da eficacia a la predicación apostólica y el cambio que se produce de forma radical en la vida y actitud de los Apóstoles se convierte en testimonio visible e irrefutable de la δύναμις que interiormente opera en el κήρυγμα apostólico.

### 1.3. El predicador, «testigo importante y digno de fe», por el testimonio de su vida

Todo lo anterior queda dicho con relación a los Apóstoles, como testigos del «testimonio del Señor». Ahora venimos a exponer cómo el Crisóstomo explica el carácter de testigo que necesita tener también cualquier otro predicador. Y, cómo queriendo resumir las características de éste para que se pueda llamar con toda propiedad testigo, nos dice nuestro Autor:

«El testigo conviene que sea digno de fe e importante»<sup>20</sup>.

Siguiendo la doctrina del Crisóstomo sólo hay una forma de que el predicador de cualquier época pueda aparecer como testigo y testigo «digno de fe e importante»: mediante el testimonio de vida que presente. Porque, si exceptuamos a los testigos del primer grupo del que hablábamos antes, el predicador no es testigo ocular de los hechos que anuncia, puesto que la predicación se expresa en una sabiduría «encerrada en el misterio»<sup>21</sup>.

Por otra parte, el testigo es importante, no por su sabiduría o poder humanos, ya que «lo necio del mundo se escogió Dios para confundir a los sabios; y lo débil del mundo para confundir a los fuertes»<sup>22</sup>. Al contrario, el Crisóstomo nos dirá ahora que es el testimonio de vida

<sup>18</sup> 1 Cor 1, 18.

<sup>19</sup> 1 Cor 1, 23.

<sup>20</sup> Hom. XXXVIII, 329: ὄν γὰρ μάρτυρα ἀξιόπιστον εἶναι δεῖ καὶ μέγαν.

<sup>21</sup> 1 Cor 2,7.

<sup>22</sup> 1 Cor 1,27.

santa del predicador lo que lleva a los oyentes a pensar que «una fuerza divina produce estas cosas»:

«El cielo, el día y la noche no glorifican a Dios como el alma santa. Pues si alguien, al ver la hermosura del cielo, dice» ¡Gloria a Tí, oh Dios! ¡qué gran obra has hecho!; al ver la virtud de un hombre, aquí mucho más. Pues no muchos glorifican al Señor por aquellas criaturas, sino que muchos dicen que son autómatas, y otros atribuyen a los demonios la creación y la providencia del mundo, los cuales no alcanzan precisamente el perdón. Sin embargo, tratándose de la virtud de un hombre, nadie será capaz de obrar con esta desvergüenza, sino que glorificará a Dios absolutamente al ver vivir según la virtud al que sirve a Dios. Pues ¿quién no se queda atónito cuando uno, siendo hombre y formando parte de la naturaleza común y desenvolviéndose en medio de los hombres, como el acero, no se doblega ante la vista de la multitud de las pasiones? ¿Cuando estando entre el fuego, el hierro y las fieras está más fuerte que el acero y supera a todas las cosas en virtud de la palabra de la piedad?... Pues los griegos, al ver el cielo, no sienten vergüenza, pero al ver un santo varón que demuestra la filosofía de la perfección, se ocultan y se condenan a sí mismos. Pues cuando aquél de su misma naturaleza es tan superior a ellos, ...entonces de mala gana piensan que una fuerza divina produce estas cosas (στι θεία δύναμις ταύτα ἐργάζεται)<sup>23</sup>.

La creación es suficientemente elocuente para ver en ella reflejada la grandeza del Creador, pero como «en la sabiduría de Dios no conoció el mundo a Dios por el camino de la sabiduría»<sup>24</sup>, sino que «muchos dicen que son autómatas y otros atribuyen a los demonios la creación y la providencia del mundo», esto hace que «por la necesidad de la predicación»<sup>25</sup> presentada con el testimonio, «digno de fe e importante», de la «virtud de un hombre», suponga una verdadera «desvergüenza» rechazar su mensaje.

Y es que, nos enseña el Crisóstomo, el predicador es un hombre rodeado de los mismos peligros y sujeto a las mismas limitaciones que cualquiera de sus contemporáneos. Sin embargo, éstos ven que, a pesar de ello, es capaz de «superar todas las cosas en virtud de la palabra, de la piedad». Y lleva una vida coherente con el mensaje que predica, convirtiéndose así él mismo en testigo de la verdad de lo que dice. De esta forma, los oyentes, «al ver un santo varón que muestra la filosofía de la perfección, desaparecen y se condenan a sí mismos», si se cierran a las palabras de verdad que les anuncia y testifica con la santidad de vida. Esa es la importancia del testigo y así se hace verdaderamente digno de fe, porque, nos sigue diciendo el Crisóstomo:

«Aún cuando filosofemos sobre muchísimas cosas, si no mostramos mejor vida que ellos, nula es la ganancia. Pues no se fijan en las palabras, sino que examinan nuestros hechos y dicen: tú primero domina tus palabras y después amonesta a otros. Pues si cuando dice que los bienes en la otra vida son innumerables, apareces apegado a los

<sup>23</sup> Hom. XVIII, 148-149.

<sup>24</sup> 1Cor 1,21.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

presentes, como si aquéllos no existieran: más dignos de crédito son para mí tus hechos que tus dichos»<sup>26</sup>.

El predicador, si niega con su vida lo que proclama con la palabra, no se puede considerar testigo y, por consiguiente, tampoco verdadero predicador. Los oyentes, más que las palabras, «examinan nuestros hechos». Y, sobre todo, examinan si aquello que se les anuncia es realmente vida en el predicador. De palabrería está llena la sabiduría humana, pero la predicación del Evangelio se ha de hacer con sinceridad y coherencia de vida por parte del predicador; y una vida que aparecerá tanto más distinta y contrastante con la vida de los oyentes, cuanto más alejados se encuentren éstos de la verdad que se les anuncia.

Por eso, querer adaptar el mensaje del Evangelio, con la intención de que sea más fácilmente acogido, pensamos que produce dos efectos inmediatos e igualmente nocivos: falsifica el Evangelio, lo cual es lo mismo que decir que no es el Evangelio lo que se predica y, además, al no ser ya el Evangelio de Jesús, la predicación no puede ser «testimonio del Señor», perdiendo así su eficacia plenamente divina.

Esto es por lo que el Crisóstomo, al hablar de los signos que acompañan a la predicación y decir que éstos también se dan ahora, se pregunta:

«Entonces ¿por qué hay hombres que no creen? Porque no sólo creían por los signos, sino que también muchos eran inducidos a acercarse por (el testimonio) de la vida»<sup>27</sup>.

Y a continuación nos ofrece dos textos: uno de Mateo<sup>28</sup>, en el que Jesús habla de las «buenas obras» como ocasión para que los hombres «glorifiquen» a Dios; y otro del libro de los Hechos de los Apóstoles<sup>29</sup>, en el que Lucas nos describe el testimonio de vida de la comunidad de Jerusalén. Y prosigue nuestro Autor:

«Si ahora se hiciera esto, convertiríamos sin signos a todo el orbe (τὴν οἰκουμένην ἐπιστρεψομένῃ ἀπασαν καὶ σημεῖων χωρὶς) ... Pues los signos, entre los hombres indecorosos y malos, se convierten en alguna mala sospecha; pero la vida pura (βίος δὲ καθαρὸς) puede enmudecer la misma boca del diablo»<sup>30</sup>.

Dos afirmaciones hace aquí san Juan Crisóstomo: una es que la santidad del predicador suple todos los signos, porque ella es el mejor signo. Y, si éste se diera de forma general y unánime, «convertiríamos sin signos a todo el orbe». El obispo de Constantinopla da mayor importancia a lo que se llama milagro moral que al físico, como vemos en otro lugar<sup>31</sup> cuando nos habla de los tres jóvenes que fueron metidos en el horno por orden de Nabucodonosor<sup>32</sup>; y nos dice que mayor milagro que el que no se quemaran fue el que estuvieran dispuestos a entrar en el horno.

<sup>26</sup> Hom. III, 29.

<sup>27</sup> Hom. VI, 52.

<sup>28</sup> Mt 5,16.

<sup>29</sup> Act 4,32-35.

<sup>30</sup> *Ibidem.* 53-54.

<sup>31</sup> Cfr Hom. XVIII, 149.

<sup>32</sup> Dan 3,19.

La segunda afirmación, hecha con la fuerza peculiar del gran orador que es el Crisóstomo, nos dice que, ante «la vida pura» del predicador, no hay fuerza que se resista y «puede enmudecer la misma boca del diablo», pues cuando el predicador es verdaderamente testigo, aparece entonces toda la fuerza y eficacia de la predicación, que es divina y anuncia el «testimonio del Señor».

Es fuerte, decíamos, la afirmación del Crisóstomo, pero diríamos que tiene la fuerza de la coherencia: si se entiende la predicación como dice Pablo —«testimonio del Señor»—, la conclusión es evidente. Por el contrario, podríamos decir: si no se concluye como el Crisóstomo, es claro que no se entiende la predicación paulina.

Podemos terminar nuestra reflexión sobre la doctrina del Crisóstomo al hablar del predicador como testigo, con unas palabras de él mismo en las que nos parece encontrar una frase que, a nuestro juicio, condensa fielmente todo lo expuesto anteriormente.

Dice san Juan Crisóstomo a propósito de la frase de Pablo en la que él se presenta entre los testigos de la Resurrección, como «el más pequeño de los Apóstoles»<sup>33</sup>:

«No dice: soy el último de los Doce, sino también de todos los demás. Mas todas estas cosas las decía, de una parte por modestia, y de otra porque, dispuesto de este modo, prepara lo que va a decir y consigue que se acepte con agrado. Pues si inadvertidamente hubiera dicho: Me debéis creer que Cristo resucitó, yo le ví y soy el más digno de fe; aunque había trabajado mucho, lo que decía ofendía a los oyentes. Sin embargo ahora, después de haber tratado de cosas humildes y bajas, y de aquéllas que eran dignas de acusación, quitó la aspereza de esta narración y aseguró el camino para la fe con su testimonio (καὶ τῆ πίστει τῆς μαρτυρίας προδοποίησε)<sup>34</sup>.

No es la arrogancia, aunque en el caso de Pablo hubiese sido la verdad, sino la verdad del testimonio digno de fe del predicador, la que «hace el camino hacia la fe».

Pablo se presenta como el menor porque recuerda a los corintios que en su vida hay cosas «humildes y bajas»: «perseguí a la Iglesia de Dios». No niega ni oculta su pasado, sino que habla con verdad. Del mismo modo se comporta a la hora de presentarse como testigo de la Resurrección: «fue visto también por mí». El comportamiento de Pablo, siempre en la verdad, le hace testigo «importante y digno de fe» y su testimonio sirve para «hacer el camino hacia la fe» de sus amados corintios.

El objeto de la fe no es el testimonio del predicador, pero prepara, asegura, hace el camino que conduce a la fe. Dicho de otro modo: el creyente cree por el μαρτύριον τοῦ Κυρίου, pero el camino que conduce a aceptar esa «predicación» es el μαρτύριον del predicador.

La expresión del Crisóstomo nos parece precisa y clarificadora. Coloca el testimonio del predicador en su justo lugar, sin duda importantísimo: lo sitúa al servicio del «testimonio del Señor», es decir, de la «predicación».

El predicador, con su testimonio, hace visible, audible, históricamente constatable, la «fuerza de la predicación» que es «testimonio del Señor». De esta forma, el testimonio del predicador actúa con una fuerza que le trasciende y supera; una fuerza que no es consecuencia de su

<sup>33</sup> 1 Cor 15,9.

<sup>34</sup> Hom. XXXVIII, 328.

vida coherente, sino de aquel otro testimonio, el «testimonio del Señor», que él testifica con su palabra y con su conducta.

Así el predicador es un «testigo grande», porque su testimonio cuenta con la fuerza del «testimonio del Señor» que hace eficaz y verdadero su mensaje.

## 2. LA SABIDURÍA DEL PREDICADOR

Al llegar a este delicado tema que san Pablo trata con energía y claridad, puesto que aquí estaba posiblemente la raíz de las divisiones que existían en la comunidad corintia<sup>35</sup>, san Juan Crisóstomo no es menos vehemente en su exposición y firme en su doctrina.

Repetidas veces y a propósito de distintas afirmaciones de la Carta, insistirá nuestro Autor en presentar a los Apóstoles como ignorantes y faltos de doctrina:

«Cuando, pues, los griegos acusen a los discípulos de ignorantes, nosotros acusémoslos más que ellos. Y que nadie diga que Pablo fue sabio, esto es, docto; sino que alabando a aquéllos que entre ellos son célebres por su sabiduría y elocuencia, diremos que todos aquéllos que estuvieron con nosotros fueron ignorantes. Pues no poco les venceremos también en esta parte: así ciertamente la victoria será espléndida»<sup>36</sup>.

Podríamos decir que se trata, para el Crisóstomo, como de una ignorancia querida, no sólo aceptada o simplemente reconocida. No interesa que los griegos admitan cualquier sabiduría en los discípulos, ni incluso en Pablo. Al contrario, no hay inconveniente alguno en ello. Es más, nosotros alabamos la sabiduría y elocuencia de sus filósofos y varones ilustres, pero, cuando hablemos de los predicadores del Evangelio, digamos que «todos aquéllos que estuvieron con nosotros fueron ignorantes». Lo que para los griegos era causa de vergüenza y humillación: la ignorancia; para nosotros es garantía de victoria y de una «victoria espléndida». Quédense ellos con su saber y su elocuencia, que nosotros venceremos con nuestra ignorancia.

Como vemos, no hay ambigüedad en el pensamiento del Crisóstomo: él apuesta decididamente por la ignorancia con que aparecen las personas que han de anunciar la predicación del Evangelio. Es motivo de alegría el comprobar que, precisamente hombres ignorantes, vencen en victoria espléndida a los sabios y entendidos que se sienten orgullosos de serlo.

Por eso Pablo, cuando se presenta al principio de la Carta, se nombra a sí mismo κλητὸς ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ διὰ θελήματος Θεοῦ, «llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios»<sup>37</sup>; y nuestro Autor comenta:

«Mira cómo desde el principio se desprendió de toda arrogancia y echó por tierra la opinión favorable de los corintios, llamándose a sí mismo: «llamado». Pues dice: ni encontré lo que he aprendido, ni lo he llegado a saber por mi propia sabiduría, sino que,

<sup>35</sup> Cfr 1 Cor 1,11-12.

<sup>36</sup> Hom. III, 27.

<sup>37</sup> 1 Cor 1,1.

<sup>38</sup> Hom. I, 12-13.

cuando me encontraba persiguiendo y desbastando a la Iglesia, fui llamado. Esto es todo del que llama, nada del llamado, por así decirlo, a no ser en cuanto que obedece»<sup>38</sup>.

La única razón por la que Pablo es apóstol es la  $\Theta\acute{\epsilon}\lambda\eta\mu\alpha\ \tau\omicron\upsilon\ \Theta\epsilon\omicron\upsilon$ . Y, porque Dios quiso, le llamó. Pues lo que Pablo predica, no lo encontró ( $\omicron\upsilon\ \epsilon\upsilon\ \rho\omicron\nu$ ) «ni lo ha llegado a saber por propia sabiduría» ( $\omicron\upsilon\ \chi\epsilon\iota\alpha\ \kappa\alpha\tau\acute{\epsilon}\ \lambda\alpha\lambda\omicron\nu\ \sigma\omicron\phi\iota\alpha$ )<sup>39</sup>. Todo lo contrario, en el caso de Pablo no se trata ya de ignorancia personal, sino que recibió la llamada de Dios precisamente «cuando se encontraba persiguiendo y desbastando a la Iglesia». No se encontraba, pues, el Apóstol ni intelectual ni afectivamente dispuesto para recibir el encargo de proclamar el mensaje que, con todas sus fuerzas, combatía. Por eso, todo lo pone «el que llama», a no ser que reconozcamos, por parte del llamado, una sincera y firme actitud de obediencia.

Pero nuestro Autor, profundizando aún más en su pensamiento, nos dice en otro lugar, a propósito de la referencia que hace Pablo al profeta Isaías<sup>40</sup>:

«Había manifestado que no sólo había enseñado por medio de ignorantes, sino que había llamado a ignorantes e idiotas»<sup>41</sup>.

Todo esto nos lleva a descubrir que, en la mente del Crisóstomo, la ignorancia del predicador que Dios llama, no sólo no es un obstáculo para cumplir su misión, sino que entra en los planes divinos.

Es evidente que podían haber sido llamados hombres conocidos por su sabiduría y admirados por su elocuencia. Pero no es éste el proyecto de Dios: llama a los ignorantes, no a pesar de serlo, sino precisamente porque lo son.

Por esto nos insiste, un poco más adelante, que de esta forma se consigue que:

«Se predique la palabra sin sabiduría»<sup>42</sup>.

Cohérentemente a la doctrina del Crisóstomo, que expresa fielmente el pensamiento de Pablo sobre la inutilidad de la sabiduría humana para la predicación apostólica, el predicador tiene necesariamente que anunciarla «sin sabiduría» ( $\iota\delta\iota\omega\tau\iota\kappa\omicron\varsigma$ ), si no quiere inutilizar la predicación.

San Pablo, cuando manifiesta a los corintios cómo se presentó a ellos, lo dice abiertamente, sin ningún género de ambigüedad<sup>43</sup>. Y el Crisóstomo comenta:

«Lo dice en contraste con la sabiduría externa: pues no viene usando silogismos ni sofismas... Ellos, sin embargo, dicen muchas cosas, explican durante mucho tiempo cuestiones innumerables, aduciendo razonamientos y silogismos y adornándolo con miles de sofismas»<sup>44</sup>.

---

<sup>39</sup> Aquí como en otros casos, traducimos el verbo en tercera persona del singular, aún cuando en griego esté en primera; lo hacemos así para que la narración se desarrolle en discurso indirecto.

<sup>40</sup> Cfr 1 Cor 1,19.

<sup>41</sup> Hom. VI, 49.

<sup>42</sup> *Ibidem.*, 48:  $\iota\delta\iota\omega\tau\iota\kappa\omicron\nu\varsigma\ \kappa\eta\rho\nu\gamma\theta\eta\nu\alpha\ \tau\omicron\nu\ \lambda\omicron\gamma\omicron\nu$ .

<sup>43</sup> 1 Cor 2, 1-2: «Y yo, venido a vosotros, hermanos, vine no con supereminencia de palabras de sabiduría al anunciaros el misterio de Dios... Porque resolví no saber nada entre vosotros».

<sup>44</sup> *Ibidem.*, 48-49.

Esta es la gran diferencia entre la sabiduría de la predicación y la sabiduría humana. Esta quiere tomar su fuerza de las muchas palabras y discursos, pretendiendo convencer por la forma de decir y buscando la admiración y el aplauso de los oyentes. La predicación, en cambio, sólo es transmisión, simple y sencilla, de un mensaje que se ha recibido. La verdad está en el mensaje, no en la abundancia de palabras, ni en la claridad de los argumentos. Por eso Pablo «resolvió no saber cosa entre vosotros», los corintios, cosa distinta de la predicación, como si ésta necesitara ayuda de la sabiduría externa para ser aceptada por los oyentes. Así, Pablo, los Apóstoles, el predicador de siempre y de cualquier lugar, para nada necesitan la sabiduría humana en el anuncio de la predicación. Es más, el presentarse como sabios entorpecería la verdad de la predicación; pondría ante los oyentes la posibilidad de confundir lo que es razonamiento del hombre con lo que es verdad de Dios, porque la predicación es divina.

Sin embargo sabemos que en una ocasión, en esta Carta, Pablo se llama a sí mismo σοφός<sup>45</sup>. Y también en otro lugar del mismo escrito paulino, emplea la misma expresión, al referirse, no al predicador, sino a alguno de la comunidad, cuando pregunta si entre ellos no hay ningún hombre «sabio» o entendido, capaz de desempeñar el oficio de juez, para que no haya que recurrir a los tribunales paganos en los litigios entre hermanos de la comunidad de Corinto<sup>46</sup>. Por eso, nos detenemos un poco en el texto anterior. Es a este texto al que el Crisóstomo hace el siguiente comentario:

«Aquí se llama sabio, no para exaltarse, sino poniéndose como modelo, y manifestando que es propio del sabio poner un fundamento. Mira, pues, qué moderadamente se comporta. Pues cuando se había dicho sabio, no permitió que se pensase que esto era suyo, sino que cuando antes había atribuido todo a Dios, entonces se llama a sí mismo de esta manera: “según la gracia de Dios que se me ha dado”. De esta forma demostró a la vez que todo es de Dios y que, puesto que todo esto es sobre todo gracia, no divide, sino que coloca un solo fundamento»<sup>47</sup>.

El término σοφός aquí no es sustantivo, sino adjetivo. El sustantivo es ἀρκιτέκτον. Por lo tanto, no se trata de alguien que posee la sabiduría, sino más bien del arquitecto que obra sabiamente. No indica una realidad personal, sino una cualidad de esta persona concreta. Afecta a su forma de obrar, de proceder, más que a su ser personal. Por eso el Crisóstomo nos dice que, si se llama sabio, no es para exaltarse a sí mismo, sino para ofrecer a los corintios un modelo acerca de cómo se debe proceder en la predicación del Evangelio. Porque «es propio del arquitecto poner el fundamento». No es él el fundamento, pero, si es un arquitecto sabio, sabrá que le corresponde ponerlo.

Además, este «saber hacer» no es algo suyo, sino que, antes de llamarse sabio, todo lo atribuye a Dios, diciendo: «según la gracia de Dios que me fue dada». De esta forma, si nada hay del predicador —excepto el obrar correctamente, «cual sabio arquitecto»—, y todo es de Dios, no pueden haber divisiones, ni discordias, ni cismas, porque el fundamento es uno solo y sobre él todos edifican, si se comportan cual sabios arquitectos.

<sup>45</sup> 1 Cor 3,10: «Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, cual sabio arquitecto, puse el fundamento. Y otro sobreedifica».

<sup>46</sup> 1 Cor 6,5.

<sup>47</sup> Hom. VIII, 72.

No se ha de pensar que esta visión del predicador le sitúa en inferioridad respecto al resto de carismas que se dan en la Iglesia. Dice nuestro Autor:

«Esta fue la razón por la que los Apóstoles no fueron sabios ni filósofos, no por debilidad del carisma, sino para que no se perjudicara la predicación. Pues aquéllos no confirmaban la palabra, sino que la estropeaban; pero los ignorantes sí la confirmaban. Esto rechaza la soberbia, esto detiene la arrogancia, esto aconseja obrar modestamente»<sup>48</sup>.

El carisma apostólico está todo él en función de la predicación del Evangelio. Si la sabiduría rechazó la Cruz<sup>49</sup>, no puede el predicador presentar, con la sabiduría humana, el Evangelio del Crucificado. Tal contradicción haría «inútil la cruz de Cristo»<sup>50</sup>. Pero al presentarse en ignorancia, así confirma la predicación, porque «rechaza la sabiduría y detiene la arrogancia», que siempre acompañan a quienes se consideran sabios y emplean la elocuencia como expresión de su verdad.

### 3. EL PREDICADOR Y LA IGLESIA

En ningún momento aparece en la doctrina del Crisóstomo el predicador como alguien que, individualmente y como por su cuenta propia, realiza una misión. Tampoco aparece la predicación como una actividad que se dirige al hombre individual y aisladamente considerado, procurando ofrecerle la verdad que le salva y abrir su mente a unas realidades que superan su capacidad intelectual humana, de forma que pueda dar a su existencia terrena un sentido transcendente.

Lógicamente es al hombre al que se dirige la predicación y es un individuo el predicador; pero ni ésta obra aisladamente y sin ninguna conexión, ni aquélla considera al hombre como ser individual simplemente, sino inserto en una colectividad de otros hombres, entre los que vive y con quienes mantiene unas relaciones que afectan y condicionan recíprocamente sus vidas. Es más, la predicación provocará incluso, como exigencia inmediata de su misma naturaleza, la creación de un nuevo tipo de relaciones interpersonales que, desde el principio, fue formando las diversas comunidades cristianas. Y es precisamente en torno a la predicación y al predicador, como estas comunidades no sólo surgen, sino que se mantienen unidas.

El saludo con que inicia Pablo su Carta contiene expresamente los elementos integradores que el Apóstol vive con fidelidad y entusiasmo. Y el Crisóstomo, después de comentar brevemente la modestia de Pablo que «pone al menor en el mismo nivel que él, a pesar de que había mucha distancia entre Pablo y Sóstenes», trata el tema de la Iglesia y su unidad, como tratando precisamente de aquello que el Apóstol, y todo predicador, ha de mirar siempre como objetivo de su predicación: construir la Iglesia. Así se expresa nuestro Autor:

«A la Iglesia de Dios: no de éste o de aquél, sino de Dios.

Que está en Corinto: dice Iglesia de Dios, indicando que conviene que esté unida. Si,

---

<sup>48</sup> Hom. III, 27.

<sup>49</sup> Cfr 1 Cor 1,18.

<sup>50</sup> 1 Cor 1,17.

pues, es de Dios, es una y (debe estar) unida, no sólo en Corinto, sino también en todo el orbe. Pues el nombre de Iglesia, no es nombre de separación, sino de unión y concordia.

... En todo lugar de ellos y también nuestro: pues aún cuando las cartas se escribieron sólo a los corintios, sin embargo recuerda a todos los fieles de toda la tierra, indicando que la Iglesia debe ser una en el orbe, aunque separada en muchos lugares y esto mucho más en aquélla que está en Corinto... Pues de igual modo que aquéllos que están en un mismo lugar, cuando tienen muchos señores diversos, están divididos y nada les ayuda el lugar para la concordia, al ser mandados por sus señores a cosas diversas y queriendo que se les obedezca..., así los que viven en lugares diversos, si no tienen distintos señores, sino sólo uno, ningún perjuicio les supone el lugar para guardar la unidad, puesto que los une el mismo señor. No digo, pues, dice, que vosotros, que estáis en Corinto, debéis estar unidos sólo con los corintios, sino con todos los que viven en el mundo, pues tenéis en común al Señor»<sup>51</sup>.

Admirablemente expresa el Crisóstomo en este texto la función del predicador que se presenta no haciendo valer su persona, ni aduciendo razones de sabiduría humana para convencer y confundir a los corintios sobre la utilidad o conveniencia de que la Iglesia sea una y esté unida, sino que, para ambas cosas, presenta sencillamente la verdad divina que anuncia en la predicación: «la Iglesia es de Dios y no de éste o de aquél». Y es de Dios, no sólo la Iglesia que está en Corinto, sino la que se extiende por todo el orbe. Porque sólo hay un Dios, sólo hay una predicación y sólo debe haber una Iglesia.

Pero, además, ésta debe estar unida. Porque el mismo nombre así lo indica: «Iglesia no es nombre de separación, sino de unión y concordia». Y aduce la razón fundamental: lo que une o separa no es el lugar donde se vive, sino el Señor o señores a los que se sirve. Por el lugar, estáis separados de los que viven en otras latitudes, pero en el Señor, estáis unidos: al mismo Señor servís y al mismo Señor obedecéis.

El trabajo del predicador y todas las prerrogativas de su ministerio, a esto se han de orientar principalmente: a implantar en el mundo la única Iglesia de Cristo y a mantenerla siempre unida.

Por eso podemos decir que la unidad de la Iglesia determina el espíritu y el estilo con que el predicador ha de realizar su tarea evangelizadora.

### **3.1. El predicador, testimonio de unidad en la predicación y en la autoridad**

La unidad de la Iglesia requiere la unidad de los predicadores. Estos deben estar unidos en el testimonio que den de la predicación y, la unidad entre ellos, garantiza la unidad de toda la Iglesia.

El predicador debe presentar la verdad de la predicación, el valor de su testimonio, la autoridad de su ministerio, la humildad de su conducta... todo, no como algo que vive y realiza de forma individual e independiente, sino al contrario, como algo que toma precisamente su

---

<sup>51</sup> *Hom. I, 13-14.*

fuerza y su autenticidad, no sólo de lo que intrínsecamente vale, sino de la unión con los demás que, con él, comparten la responsabilidad apostólica.

Sobre este tema nos ofrece nuestro Autor el siguiente comentario:

«De quien queráis aprender, aprended (dice Pablo)<sup>52</sup>. Y no dice: si no me queréis creer a mí, creed a ellos; sino que él mismo se hace digno de crédito y que se basta a sí mismo e igualmente ellos también se bastan. En nada afecta la diferencia de personas, puesto que la autoridad es la misma. Esto mismo hace también Pablo en la Carta a los Gálatas, recurriendo a ellos, no porque fuera necesario, sino afirmando que él sólo era suficiente: “De parte de los que eran tenidos por notables, nada nuevo me impusieron”<sup>53</sup>. Por otro lado, también de este modo imito la unidad de ellos mismos: ‘nos tendieron la mano en señal de comunión’<sup>54</sup>.

Puesto que si fuera necesario que la fe y autoridad de Pablo le viniese de otros y se apoyara en el testimonio de ellos, de ahí se seguirían innumerables daños para los discípulos. Luego no hace esto ensalzándose a sí mismo, sino por respeto al Evangelio»<sup>55</sup>.

Cuatro ideas al menos aparecen en este texto que nos parece de especial interés en orden a precisar la figura del predicador —en este caso del Apóstol— y a situar su ministerio en el marco de la comunidad a la que predica y en relación con todos los que en la Iglesia anuncian el Evangelio.

A.— Abiertamente afirma el Crisóstomo que el testimonio de cualquiera de los Apóstoles es suficiente y, refiriéndose a Pablo y a todos los demás, dice: «El mismo se hace digno de crédito y se basa a sí mismo e igualmente los demás se bastan».

Como ya hemos visto anteriormente en nuestro trabajo, esto es lo que aporta el predicador: su testimonio. Y es precisamente el testimonio lo que hace al predicador «digno de crédito». Estamos ante un aspecto de la predicación en el que tiene una gran importancia el modo de presentarse el predicador. Si no es testigo de lo que anuncia, veámos que su ministerio es ineficaz. Por el contrario, no es el número de predicadores, sino la calidad del predicador, la que le hace merecedor de la aceptación de su mensaje por parte de los oyentes.

B.— Que sea uno u otro el predicador no afecta para nada a la verdad de la predicación, pues: «en nada afecta la diferencia de personas».

Es precisamente este un tema en el que habían tropezado los corintios, al darle a la persona del predicador, no sólo su importancia en sí, sino que resaltaban su importancia oponiéndole a otro o a otros que, con él, compartían el mismo ministerio<sup>56</sup>. En el mismo texto de la Carta, Pablo les da la respuesta al calificarles de «humanos»<sup>57</sup>, es decir, de carnales. Y el que sea uno u otro no influye para nada en la predicación por la razón que dirá a continuación.

C.— Todos tienen la misma autoridad.

Los predicadores, en cuanto tales, están todos situados en el mismo nivel de importancia y

<sup>52</sup> 1 Cor 15,11.

<sup>53</sup> Gal 2,7.

<sup>54</sup> Gal 2,4.

<sup>55</sup> Hom. XXXVIII, 333.

<sup>56</sup> 1 Cor 3,4.

<sup>57</sup> *Ibidem*.

autoridad, porque la misma es la predicación que anuncian: μαρτύριον τοῦ Κυρίου; la misma es la δύναμις τοῦ Θεοῦ con que llevan a cabo la predicación y la misma es su aportación personal al anuncio del Evangelio: μαρτύριον.

Además, esta igualdad en la autoridad de los predicadores es consecuencia lógica de que la predicación es divina y de que a la misión de apóstol se es «llamado» (διὰ θελήματος Θεοῦ)<sup>58</sup>. Y es, por esta misma llamada y por esta misma voluntad divina, por la que unos hombres se convierten en apóstoles del Evangelio.

A propósito de esto, el Crisóstomo aduce como ejemplo lo que escribe san Pablo en su Carta a los Gálatas, respecto a su viaje a Jerusalén, «en virtud de una revelación», con el fin de encontrarse con «los que eran algo, para saber si corría o había corrido en vano»<sup>59</sup>, de los que dice el Apóstol que «nada me impusieron»<sup>60</sup>, con lo que aparece la igualdad que los Apóstoles tenían en cuanto que eran predicadores del mismo Evangelio de Jesús. Pero el Crisóstomo añade una expresión que atribuye a Pablo y que para nosotros nos parece de sumo interés: «Por otro lado, también de este modo, imito la unidad de ellos mismos». Es como si nuestro Autor hiciera decir a san Pablo: no es que mi predicación es digna de crédito porque ellos lo dicen, sino porque es la misma que ellos predicán; no rompe la concordia y la comunión, sino que, por el contrario, también en mi predicación, como en la de ellos, resplandece la unidad. No es, pues, válido el testimonio de un predicador porque se apoye en el de otro u otros, sino porque se integra en unidad plena en el de los demás.

D.— Por eso, termina diciendo san Juan Crisóstomo, si la autoridad y credibilidad de Pablo le viniera de otros, se seguirían «innumerables daños para los discípulos». No sería el testimonio personal de Pablo, sino el de los otros, el que sería digno de crédito y, por tanto, Pablo no podría aparecer como verdadero predicador del mensaje e indiscutiblemente esto acarrearía «innumerables daños a los discípulos» y perjudicaría «el respeto (que se debe) al Evangelio».

### 3.2. El predicador, testimonio de unidad por la santidad de vida

No sólo en la autoridad y en el contenido del mensaje debe procurar el predicador la unidad, sino que toda su vida debe mirar hacia esta unidad y ésta debe ser la norma suprema de su conducta. El predicador, como ya hemos dicho, ni actúa por su cuenta ni realiza su obra particular, sino que siempre debe tener presente que su predicación engendre la Iglesia y la fortaleza en la unidad que quiere el Señor.

Habrán cosas que, aunque en sí mismas legítimas, sin embargo Pablo prescinda de ellas «para no crear obstáculo alguno al Evangelio de Cristo», como sucede con el derecho del Apóstol a recibir ayuda material durante el ejercicio de su ministerio<sup>61</sup>. Nos parece luminoso el breve comentario que hace el Crisóstomo a estas palabras:

«Pues aunque Cristo mandó que los que predicán el Evangelio vivan del ministerio

<sup>58</sup> 1 Cor 1,1.

<sup>59</sup> Gal 2,2.

<sup>60</sup> Gal 2,6.

<sup>61</sup> 1 Cor 9, 4-8. 11-14.

de la doctrina, yo no lo hice; sino que prefería, si fuese necesario, acabar la vida por el hambre y sufrir una muerte penosísima, para no recibir nada de los que son instruídos (κοτηκουμένων), no porque llegue a ser que se escandalicen, sino porque han de ser edificados (οἰκοδομείσθαι), lo cual es mucho más»<sup>62</sup>.

Aunque el mismo Cristo manda recibir ayuda material de aquéllos que reciben la predicación del Evangelio<sup>63</sup>, nos dice el Crisóstomo que Pablo prefirió, si así lo exigía su ministerio, no ya renunciar a esa ayuda, sino incluso «acabar la vida por el hambre y sufrir una muerte penosísima». Es decir, cualquier sacrificio o renuncia era válido si así lo exigía la predicación. Y el fin por el que hacía esto era porque «los que son instruídos», no sólo no se escandalicen, en el caso de que tome algo, sino que «han de ser edificados, que es mucho más».

¿Por qué dice el Crisóstomo que edificar «es mucho más» que instruir? Porque la instrucción se hace con la palabra, la edificación con el testimonio de vida. Se instruye a alguien cuando se le comunican unas verdades o se le revelan unos misterios; pero se edifica cuando la vida del predicador es, lógicamente, edificante; o sea, cuando se es en verdad testigo de aquello en lo que se instruye y, a la verdad de la palabra que se transmite, acompaña la verdad de una vida ejemplar que sirve de modelo para quienes, además de instruídos, han de ser edificados.

La tarea, pues, del predicador no es transmitir unos conocimientos, aunque sean muy elevados, ni descubrir a los oyentes la existencia de unos misterios que sólo Dios puede dar a conocer; esto es parte de la predicación apostólica, y ciertamente parte esencial, pero ni lo es todo ni constituye el verdadero objetivo que el anuncio del Evangelio pretende.

La predicación de los Apóstoles y, en general de la Iglesia, busca fundamentalmente la construcción de esa Iglesia de Cristo que está formada por cuantos, una vez oída la predicación, se incorporan a ella por el Bautismo y procuran impregnar sus vidas de las verdades del Evangelio, a la vez que modelan un nuevo estilo de sociedad basada en los criterios que transmite la predicación. No es sólo la cabeza, por así decir, la que se ha de abrir al Evangelio, sino que es el hombre, todo él, quien se debe considerar destinatario de la predicación.

Una predicación que sólo transmitiera conocimientos, sería pura enseñanza y quedaría situada junto al resto de las teorías filosóficas, aunque las superara en grandeza y sublimidad de contenido. De cualquier forma, entendida así, no sería predicación apostólica. Esta busca al hombre, llega al hombre, es acogida en su vida y, a la vez, la vida de cada hombre es transformada por la acción de la fuerza divina que obra en la predicación. De este modo se construye sin cesar la comunidad cristiana —la Iglesia—, no como escuela filosófica, sino como fraternidad de discípulos y seguidores de Jesús, con una filosofía superior, porque les viene de Dios, la filosofía de la perfección.

### 3.3. El predicador, ministro de la comunidad

¿Qué es el apóstol para la comunidad cristiana? ¿qué es el predicador para la Iglesia?

La Carta paulina que estudiamos lo responde con fuerza y brevedad. Incluso podríamos

<sup>62</sup> Hom. XXI, 169.

<sup>63</sup> Mt 10, 9-10; Mc 6,8-10; Lc 10,4-7.

resumir la respuesta en una sola palabra: «Ministros»<sup>64</sup>. El comentario del Crisóstomo se puede estructurar así:

a) «Ministros»:

«Ministros por medio de los cuales creísteis: Y esto es en verdad importante y digno de gran premio, mas si se mira al origen y raíz de los bienes, nada es. Pues el bienhechor es, no el que administra los bienes, sino el que los suministra y da. Y no dice evangelistas, sino Ministros, porque esto es mayor. Además, que no sólo evangelizaron, sino que también nos sirvieron: lo primero se realiza con la palabra, esto con las obras»<sup>65</sup>.

La predicación del Evangelio es, a la vez, «importante y ...nada». Si miramos lo que Dios realiza por medio del predicador, si contemplamos los bienes que produce en quienes la reciben, realmente se trata de algo, no ya importante, sino lo más importante.

Pero ¿quién realiza todo esto? ¿cuál es el «origen y raíz» de estos bienes? ¿el predicador? No, sino Dios: pues realmente quien produce el bien no es el que lo «administra», sino el que lo «suministra». Por tanto, desde este punto de vista, el predicador «nada es». Y en esto está su grandeza y por esto compromete toda su vida, porque el predicador, no sólo da a conocer el Evangelio, sino que sirve a aquéllos que reciben el Evangelio; lo primero se realiza con la palabra, esto con las obras. Como vemos, se repite aquí la misma idea que anteriormente exponíamos al hablar de los sacrificios que Pablo –y el predicador– estaba dispuesto a soportar para que los «instruidos» fuesen también «edificados».

b) No «usurpadores»:

Sigue el comentario del Crisóstomo:

«Y no dice: los que os llevaron a la fe, sino “por quienes creísteis”; así, de nuevo, para darles más importancia, los llama Ministros (διδάκονοι). Ahora bien, si sirven a otro, ¿cómo se apoderan de la autoridad? Sin embargo ten en cuenta cómo en ninguna parte los acusa de usurpadores, sino como los que se prestan: pues la raíz del fracaso está en el pueblo, ya que si aquéllos desaparecen, éstos se deshacen»<sup>66</sup>.

Se trata del problema de fondo que había en Corinto: las divisiones. Y esto, porque cada uno se adjudicaba un predicador.

Pero si la predicación es una; si la autoridad de los predicadores es la misma, ¿cómo es que el que predique uno u otro es ocasión de división y discordia entre los corintios?

Ellos no «os llevaron a la fe», sino que «creísteis por medio de ellos». Fueron instrumentos, servidores, ministros. Y si todos son ministros, todos sirven al mismo Dios, porque si sirven a otro pierden la autoridad y la condición de predicadores. Mas porque no hacían esto, no les llama «usurpadores» de una autoridad que no les corresponde en el caso de que no estén unidos a los demás predicadores.

Luego el fundamento del fracaso estaba, no en los predicadores, sino en el pueblo. Porque si aquéllos desaparecen, esto es, si al considerarlos con criterios humanos los dividen, entonces éstos –el pueblo, la comunidad– se deshace, porque deja de ser una y se divide.

<sup>64</sup> 1 Cor 3,5-11.

<sup>65</sup> Hom. VIII, 71.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

Es fundamental el servicio que el predicador presta a la unidad de la Iglesia, pues si bien es cierto que, como antes había dicho también el Crisóstomo, esta unidad se debe a que toda ella es del mismo Señor, no es menos cierto que la valoración que la comunidad haga de sus predicadores y el criterio con que los vea, hacen que san o no verdaderos servidores de la comunidad, verdaderos constructores de la unidad eclesial.

No debe, pues, la comunidad mirar al predicador como quien se presenta con valores personales y con un mensaje propio: esto divide. Al contrario, todos los predicadores no son más que «ministros» y «cada uno según el Señor le dió». Por lo tanto, aun el ser ministros, nos dice el Crisóstomo.

«No lo tenían por ellos mismos, sino porque lo habían recibido de Dios. Y para que no digan: ¿qué pues: no nos uniremos con cariño a los que nos sirvieron?, dijo: sí, pero conviene saber hata qué punto, pues esto lo tienen, no por sí mismos, sino por Dios que se lo concedió»<sup>67</sup>.

Sabio consejo da aquí nuestro Autor, lleno de sentido de fe y de prudencia: ¿quién merece mejor nuestro cariño y a quién debemos unirnos con mayor fuerza que a aquéllos «por quienes» creímos? Pero esto, en cuanto que son ministros e instrumentos empleados por Dios para comunicarnos la fe; cualquier otra perspectiva invalida al predicador, rompe la unidad y, como consecuencia, destruye la comunidad, deshace la Iglesia. Y en todo esto se ha de procurar tener siempre presente a Dios que es el da la fe a los creyentes, el ser ministros a los predicadores y la unidad a la Iglesia.

Sigue el Crisóstomo su exposición:

«El que planta y el que riega son una misma cosa: con esto también los prepara para que no se levanten los unos contra los otros. Dice que son una misma cosa, ya que nada pueden sin Dios que da el incremento. Y al decir esto, no permitió a aquéllos que habían trabajado mucho que se alzaran contra aquéllos que habían trabajado menos, ni que los otros les tuvieran envidia. Y a continuación, puesto que esto les hacía a todos indolentes, ya que todos se consideraban la misma cosa, tanto los que habían trabajado mucho como los que poco, mira cómo rectifica diciendo: “Cada uno recibirá su propio salario a medida de su trabajo”. Como si dijera: Notemos por qué he dicho que son la misma cosa, mas en cuanto a los trabajos no son lo mismo, sino que cada uno recibirá su propio salario»<sup>68</sup>.

Insiste el Crisóstomo en la misma idea: la igualdad entre los predicadores se debe a que todo lo han recibido de Dios. Su expresión es, como la de Pablo, fuerte: «son una misma cosa» (ἐν) porque, sin Dios «no se puede» (τὸ μὴ ἐν δύνασθαι). Emplea nuestro autor una forma negativa para resaltar más el aspecto universal que da a su afirmación.

Pero, para evitar la indolencia a que les podía llevar esta afirmación, dice san Pablo que «cada cual recibirá su propia paga, según su propio trabajo», a lo que el Crisóstomo precisa con su claridad habitual: en cuanto obra de Dios, son lo mismo, pues igualmente todo lo que son,

<sup>67</sup> *Ibidem.*

<sup>68</sup> *Ibidem.*, 71-72.

lo han recibido; pero en cuanto a los trabajos por el Evangelio, las privaciones sufridas, las persecuciones soportadas, etc., en eso, no son lo mismo y, por consiguiente, el premio será, no según lo recibido, que es igual a todos, sino según el esfuerzo y el trabajo que cada cual ha puesto personalmente en la predicación; y en esto, cada cual ha puesto el suyo.

### 3.4. Cristo, fundamento de la comunidad

En relación con el tema de la edificación de la Iglesia, Pablo nos dice en su Carta cuál debe ser el fundamento de ese edificio<sup>69</sup>, a lo que el Crisóstomo nos ofrece el siguiente comentario:

«Y no se puede en tanto que se es arquitecto, pues si lo pone ya no es arquitecto. Mira cómo prueba todo lo propuesto por nociones comunes. Pues lo que dice, esto es: Yo anuncié a Cristo, os entregué un fundamento: mirad cómo edificáis, si para una gloria vana o para hacer a los hombres discípulos. Por lo tanto, no prestemos atención a las herejías: pues ningún otro fundamento se puede poner sino el que ha sido puesto. Sobre él edifiquemos y unámonos a él como fundamento, como los sarmientos a la vid, y nada haya entre Cristo y nosotros, pues si hubiere algo intermedio, perecemos. Pues los sarmientos, porque están unidos, llevan savia y el edificio, cuando está unido, se mantiene; pero si se desune, se cae, porque no tiene dónde apoyarse. Y no sólo nos unamos a Cristo, sino también estemos unidos nosotros, pues si nos dividimos, perecemos. Estemos, pues, unidos y lo estemos por las obras»<sup>70</sup>.

Es difícil decirlo más claramente: si uno es arquitecto, conoce cuál es el verdadero fundamento que ha de poner para el edificio. Si no lo pone, o pone otro, ya no es en realidad arquitecto.

De ahí que, respecto a las herejías, «no prestemos atención»: no son el fundamento que ya está puesto. Llama poderosamente la atención que no se detenga en este caso a analizar y rebatir las herejías de su tiempo. El Crisóstomo es un pastor y, como tal, expone la verdad a sus fieles y no se detiene generalmente a explicar los errores. Como medida pastoral es realmente sabia: el mejor antídoto contra los errores y la mejor forma de combatirlos es el conocimiento profundo y firme de la verdad.<sup>71</sup>

Y nos insiste de nuevo en la unidad. Pero ahora, con verdadera precisión, nos dibuja el soporte que sostiene y genera la unidad. Para ello se sirve de la metáfora del edificio y de la vid y los sarmientos. La unidad propia de cualquier comunidad cristiana tiene, como base indiscutible, la unión con Cristo: que es el fundamento, que es la vid. Pero, además, esa unión con Cristo nos lleva a la unión entre nosotros, de lo contrario, «perecemos». Y finalmente, tanto la una como la otra, que en realidad son la misma, se han de construir con «las obras», es decir, no puede ser sólo una unión intelectual o afectiva, sino que es necesaria una unidad que se manifieste en todo el variado comportamiento del creyente.

---

<sup>69</sup> 1 Cor 3,11.

<sup>70</sup> *Ibidem*.

<sup>71</sup> Esto no obsta para que a veces se detenga a hablar con fuerza de la igualdad sustancial del Padre y del Hijo (teniendo en mente a Arrio) o de la importancia de bautizarse cuanto antes; cfr p. ej., *In Act. Apost. Hom.* (PG 60,1-380).

Finalmente, no nos resistimos a recoger también a continuación las palabras con que sigue hablando el Crisóstomo. Va a abundar en el mismo tema de la unidad, sirviéndose de otros ejemplos:

«El es la cabeza, nosotros el cuerpo: ¿y puede haber un espacio vacío entre la cabeza y el cuerpo?

El es el cimiento, nosotros el edificio.

El es la vid, nosotros los sarmientos.

El, el esposo, nosotros la esposa.

El, el pastor, nosotros las ovejas.

El, el camino, nosotros los que avanzamos por él.

Nosotros, de nuevo, el templo, El quien lo habita.

El, el primogénito, nosotros los hermanos.

El, el heredero, nosotros los coherederos.

El, la vida, nosotros los vivientes.

El, la resurrección, nosotros los que resucitamos.

El, la luz, nosotros los que somos iluminados.

Todo esto indica unión y no permite ningún vacío intermedio, ni siquiera pequeño. Pues el que se separa un poco, con el desarrollo, se separa mucho. Puesto que el cuerpo, si recibe una pequeña separación por una espada, perece; y el edificio, si se separa un poco de la raíz, se inutiliza. Así que en esto, lo poco ( $\tau\omicron$  μικρόν) no es poco, sino que en definitiva es el todo ( $\tau\omicron$  ὅλον). Pues cuando admitimos un pecado pequeño o somos negligentes, no despreciemos aquello pequeño, pues aquello despreciado, pronto se convierte en grande. Como el vestido, si empieza a romperse y se olvida, tiene roturas por todo; y el tejado, si se olvidan unas pocas tejas caídas, toda la casa se derriba. Por lo tanto nosotros pensando estas cosas, nunca despreciemos las cosas pequeñas, para que no caigamos en las grandes»<sup>72</sup>.

Quince ejemplos nos ofrece el Crisóstomo para decirnos que, en el tema de la unidad, nada es pequeño. La importancia del tema, hace importantes todos sus aspectos y manifestaciones.

Cuando nuestro autor dice que podemos dañar la unidad, bien «cuando admitimos un pecado pequeño o cuando somos negligentes», nos parece entender que se está refiriendo a los dos modos como podemos ir contra ella: o bien omitiendo cualquiera de sus factores integrantes, aunque nos parezca pequeño, o bien manteniéndonos unidos pero de forma débil y superficial. En ambos casos, nos dice el Crisóstomo que debemos procurar una pronta reacción, «pues aquello despreciado, pronto se convierte en grande».

Por eso, sólo en un sentido se puede hablar de faltas pequeñas contra la unidad, pues cualquiera de ellas, aunque al principio parezcan pequeñas, y de hecho lo sean, pronto se convierten en grandes. Y en un tema de tanta importancia para la vida cristiana, la vigilancia del predicador y de los cristianos debe ser extrema.

Según la doctrina del Crisóstomo, el pensamiento de Pablo no admite dudas: la predicación del Evangelio, tarea que el predicador avala con el testimonio de la santidad de su vida

<sup>72</sup> Hom., VIII, 73.

personal, confirma su validez y consolida su eficacia cuando tiene como objetivo la edificación de la Iglesia, que debe ser «una en todo el orbe» y, como norma de comportamiento, la unidad de aquéllos que, como él, han recibido también de Dios el encargo de la predicación.

Una predicación que no se presenta unida, por la unidad de los predicadores, no puede construir la unidad de la Iglesia y, en ese caso, queda descalificada y no se puede presentar verdaderamente como realizada en virtud de la «fuerza divina» que le corresponde al ser «testimonio del Señor».

No es, pues, un tema que se deba dejar a la irresponsable opinión y disputa de quienes, siendo «carnales», no ven la fuerza divina del Evangelio. En ello está en juego la razón de ser de la predicación misma. Si la predicación apostólica no construye la unidad de la Iglesia, o es que no se presenta como «testimonio del Señor», y en ese caso no es realmente la predicación apostólica, o es que se interpreta desde unas instancias intelectuales ajenas a la fe, y entonces, se la despoja de todo carácter divino.

El mensaje que proclama la predicación apostólica es el mensaje de la salvación, realizada por Cristo una sola vez con su muerte y resurrección. Es palabra viva portadora de la vida de Dios que se comunica al hombre. Y, como quiera que sólo hay una salvación obrada por Cristo y una vida de Dios para el hombre, esa salvación y esa vida sólo tiene un Evangelio, que es su anuncio feliz para la humanidad.

Cualquier otro que se proclamara, no sería al Evangelio de Jesús. Sólo sería un mensaje humano, carente de toda eficacia salvadora e incapaz de comunicar a los hombres la vida divina que les convierte en hijos de Dios y hermanos entre ellos.

Por eso la unidad entre los que anuncian el mensaje del Evangelio es garantía de la verdad de la predicación que proclaman y testimonio evidente del origen divino del mensaje que están empeñados en extender hasta el último rincón de la tierra.

**Francisco Rubio Miralles**  
Párroco de Santiago Apóstol  
Pliego (Murcia)